

que die orden como se solian los de Cortés que habla por
sus y dichos ante el los envió á Motecuhzoma para que se
partes dieran que lo podía encarecermente fuese en un
partido de acio se la seguirán grandes provechos y venían
de en nobles señores y naturales unen á los. Otro día que
fue el señor de Quahuiztlan que los de los copiladores
nada iba y que se desparten contra él á Motecuhzoma. No
fue otro remedio sino tornarse contra él á desobediencia y
así en un momento avisando á los señores que con él se
tenía y había que tomara las armas y no pagasen tributo
á México: todos se alzaron y rogaron á Cortés que fuese en
comida que ellos ponían en el campo cien mil hombres de
guerra. Fue muy grande el gusto que de esto recibió Cortés
porque vio que ya tenía revuelto todo el reino que quedaba
por tanto entre ambas partes y que podía engañarlos con es-
ta debida en una derecha y también estuvo todo el punto de
en buena ventura porque por aquí se le abrió el camino para
abrir todo lo que pretendía, hasta arriba el imperio y con
esto se halló de Quahuiztlan para la Villa Rica donde estaban
los niños y comenzaron á edificarla.

CAPITULO LXXXII

Que trata de lo más que le sucedió á Cortés en la Villa Rica, y quema de los navios.

Traía Fernando Cortés á todos los de su ejército muy ocu-
pados en la obra y edificación de la Villa Rica, y en su ayuda
muchos naturales de los amigos y reducidos á su banda; y es-
tando en la mayor fuerza de esta obra, llegaron dos sobrinos
de Motecuhzoma con cuatro ancianos por sus consejeros, que
iban de parte de Motecuhzoma y Cacama con un presente de
oro muy rico, diciéndole que los señores mexicanos estimaban
en mucho haber soltado á sus criados, y de presente le rogaban
hiciese soltar á los otros dos que habían quedado en prisión;
que ellos perdonaban el delito, y pues tenía intento de verse
con Motecuhzoma, que ya él daba orden de cómo lo pudiese
ver, y que se aguardase un poco, que presto le enviaría aviso
de su ida. Después de haberlos despachado, comunicó con el
señor de Quahuiztlan lo que le había pasado con los embaja-
dores de Motecuhzoma, y como por su respeto no se atrevían á
castigar el desacato; y que así el rey y todos los de su valía vi-
viesen muy seguros de su libertad, y que no ocurriesen con
sus tributos á los señores mexicanos, que él los defendería. Con
este trato y ardid trajo Cortés á Motecuhzoma y á todos enga-
ñados muchos días, comenzándose á mover algunas guerras,
especialmente los de Cempoalan contra los de Tizapantzinco,
en donde estaba la fuerza y guarnición del imperio para ase-

gurar toda aquella tierra. Cortés fué luego con sus gentes en favor de los de Cempoalan, y peleando con los del ejército del imperio, se fueron recogiendo hasta cercarlos en Tizapantzinco; y aunque se defendieron, fué ganada la ciudad y fuerza. Cortés no permitió que matasen á ninguno de los moradores de ella, ni la saqueasen, por no disgustar á Motecuhzoma: con cuya hazaña quedó toda aquella tierra libre y exentos de pagar tributos, y quedaron muy obligados de servir siempre á Cortés. Al tiempo que él llegó á la Veracruz, halló que habían llegado setenta españoles, y ¹ caballos y yeguas, socorro muy necesario para la ocasión presente: hizo reseña de la gente que tenía, y de lo que se había ganado, sacó el quinto que envió á su majestad con Alonso Hernández Porto-Carretero y Francisco Montejo, y escribió al rey una larga relación de sus cosas, ² pidiéndole le hiciese merced de sus servicios, y prometiendo conquistar, pacificar toda esta tierra, y prender ó matar á Motecuhzoma; y el regimiento le envió á suplicar, tuviese por bien de confirmar el oficio que á Cortés habían dado de capitán y justicia mayor. A esta sazón algunos de los amigos de Diego Velázquez murmuraban en razón de decir, que había usurpado aquel oficio y negado la obediencia de Diego Velázquez, con que se comenzaron á amotinar. Cortés prendió á los más principales de ellos que hizo ahorcar á los dos, y á los demás los hizo azotar, con que cesó el motín; y comenzó á dar orden de la ida que quería hacer á Mexico, pues no servía de nada todo lo hecho, si no se veía con Motecuhzoma y lo rendía, de donde había de sacar honra y fama inmortal: muchos rehusaban esta entrada porque les parecía temeridad, más que esfuerzo, ir quinientos hombres entre millones de

¹ En blanco en el original.

² Esta primera relación de Cortés, ó se ha perdido ó no la escribió. Yo me inclino á esto último, porque siempre se ha tenido por primera la que envió el Ayuntamiento, aunque acaso la escribió el mismo Cortés. Confirma esta idea el códice manuscrito de las relaciones, que hoy es de mi propiedad, pues en él está como primera la citada del Ayuntamiento.

enemigos, siendo todos los más contrarios á la opinión de Cortés; y viendo que sus ruegos ni sus buenas razones les convencían, hizo una de las mayores hazañas que jamás se ha visto en el mundo, que hombre tal intentase, y fué sobornar con dineros y grandes promesas á ciertos pilotos, para que estando con los más de su ejército le entrasen á decir, que se comían de broma sus navíos, y que no estaban para navegar; y á ciertos marineros (con quienes asimismo tenía hecho este trato secretamente), que barrenasen por debajo los navíos, para que se fuesen á fondo: los cuales todo lo hicieron de la forma como se trazó, y él hizo grandes extremos y afligióse tan de veras, que nadie entendió la trama por entonces: y habiéndole dicho que no tenían remedio, les dijo que diesen orden de aprovechar siquiera, la madera y la jarcia; y así quebraron luego cuatro navíos de los mejores: y antes de proseguir echaron de ver el trato doble que en esto había, y comenzaron todos á murmurar de él y á impedir que no se quebrasen los demás; pero á mal de su grado hizo quebrar los demás, no dejando más de tan solamente uno; y en la plaza hizo juntar á todos los que vido andaban disgustados y tristes, y les propuso una plática en donde les satisfizo las causas que le habían movido á quebrar los navíos, posponiendo su propio interés, pues le habían costado su dinero, y que otra hacienda no le quedaba; y habiéndoles dicho muchas razones para persuadirlos y animar á la entrada de Mexico, concluyó con decirles que ya no había remedio para volverse, pues los navíos estaban quebrados; ¹ y que ninguno sería tan cobarde ni tan pusilánime, que querría estimar su vida más que la suya, ni tan débil corazón que dudase de ir con él á Mexico, donde tanto bien le estaba aparejado; y que si acaso se determinaba alguno de dejar de hacer este viaje, se podía ir bendito de Dios á Cuba en el navío que

¹ Es curioso que en el título de este capítulo se hable de la quema de los navíos, fábula con que el vulgo substituyó su echada á pique, y que en el texto se refiera que fueron barrenados, la cual es la verdad histórica. Esto hace suponer que ese título, y tal vez los de otros capítulos, sean de diversa mano.

había dejado, de que antes de mucho se arrepentiría y pelaría las barbas, viendo la buena ventura que esperaba le sucedería: ocupó á todos tanto la vergüenza, que no hubo ninguno que no prometiese de seguirle hasta la muerte, alabando mucho lo hecho. Antes que se partiese para Mexico, apercibió á todos los amigos que estaban revelados contra Motecuhzoma, que eran entre ciudades y pueblos más de cincuenta, en donde se podrían sacar en campo otros tantos mil hombres en su favor; y dejando siempre cincuenta hombres en la Villa, con los demás se salió por la vía de Mexico, habiendo allanado los impedimentos que Francisco de Garay le había puesto estorbándole sus negocios, que había venido de Cuba para el efecto.

CAPITULO LXXXIII

Que trata de la salida que hizo Cortés para ir sobre Mexico, y lo que por el camino le sucedió.

La primera jornada que hizo Cortés con su ejército fué á Cempoalan que llamó Sevilla, en donde derrocó los ídolos, y puso en los templos imágenes y Cruz: partió de allí diez y seis de Agosto del mismo año de mil quinientos diez y nueve, con mil indios de carga y mil trescientos de guerra, llevando consigo ciertos rehenes, y en su compañía cuatrocientos españoles, quince caballos, y siete tirillos: tres días caminó por tierras de los amigos, muy servido y festejado, y el mismo acogimiento se le hizo en las de la parte de Motecuhzoma, porque de todos era amigo por su buena destreza y ardid; y habiendo andado tres días en unos desiertos sin agua ni comida llegó á Zacatlan, en donde fué recibido de Olintetl señor de allí, en nombre de Motecuhzoma, con mucha fiesta y regocijo; y por lengua de Marina les predicó la fe de Cristo, y dió noticia del rey de España, y se informó de la grandeza y riqueza de Motecuhzoma, del poder y majestad de su imperio y corte, y del sitio y asiento de la ciudad de Mexico. Estuvo en Zacatlan siete días, derribó los ídolos y puso cruces, como lo hacía en las demás partes, y desde allí envió cuatro de los de Cempoalan á Tlaxcalan, haciendo saber á la señoría de aquella provincia su ida y el efecto de ella, entendiendo que por ser enemigos del